

Las orejas de la boda

(Cuentos populares recogidos en Alcuéscar. Cáceres)



OS señó... Erabesibé un joven matrimonio de labradores, llamados Toribio y Bartolomesa, los cuales llevaban cuatro días de casados, y como estaban calentitas aún las frituras del casorio, no hay para que decir lo que les visitarían los golosos.

Su casa era pequeña, pero alegre y limpia como unas pascuas. Las lanchas del zaguán, cocina y paso al corral, relucían de aseadas a fuerza del dale que dale con el fregoteo de escobas de rama y arena. Las paderes, más blancas que la leche con sus tres manos de tierra blanca, que no se ajuma como la cal. La espetera, los cuadros, el arca, las sillas y la cama de tarima parecían que no habían salido de la tienda, por lo bien conservados que los tenían.

En la cocina, colgada de las llares como era costumbre en todas las bodas del pueblo—se veía una gran cesta entrelarga, de dos tapaderas, para depositar los regalos de cuantos parientes y amigos visitaban a los recién casados, durante el primer setenario. Colgadas al jumo y cerca de la cesta, había muchas orejas de cerdos, orejas de regalo, y llamadas «Las orejas de la boda»; y el número de ellas demostraba la mayor o menor simpatía que merecía un nuevo matrimonio.

También era costumbre, en el pueblo de mi cuento, que el señor cura párroco fuese a comer una vez en casa de los recién casados, y antes que pasara el primer setenario.

Por aquel entonces había tomado posesión de la parroquia, un joven cura ecónomo joven, con aspecto muy fino y aires de gran señor de población.

Con este motivo, el nuevo matrimonio se devanaba los sesos pensando en lo que pondrían de comer, cuando tuvieran que cumplir con el señor cura; pues ni que decir tiene que querían quedar en buen lugar.

Era tiempo de montanera, y, por tanto, de caza de palomas torcaces; las que en grandes bandadas nublaban las dehesas. La mujer propuso al marido que viera si podía matar un par de palomas y las guisaría en la cazuela; ahorrándose de este modo la matanza de una gallina, ya que no era época de pollos.

El marido se fue a una jesa y a fuerza de andar y tirar tiros y tiros, consiguió matar a dos de estas aves. En su vista, el matrimonio acordó que al siguiente día, se invitara al señor cura; como así se hizo, al toque de misa mayor, y después Toribio se fue al campo.

La Bartolomesa, se llevó toda la mañana guisa que te guisa, y sin duda, el olor que despedía la cazuela, atrajo a una de esas vecinas, que se meten en todo y no de balde.

—¡Eh, mujer!... ¿Qué haces?... ¡Uy, y qué bien güele!

— Pos estoy acabando de arreglar este par de palomas para la comida del señor cura.

—¿Dos palomas?... ¡Quita allá, tontina! Con una hav bastante. ¿Acaso te sea figurao a tí, que estos señores de capital son tan ansiosos como nosotros?... ¡Pos no señó; que son muy finos, y no debes ponerle más que una, pá que no se vaya a disgustar creyendo que lo tratáis de tragón!... ¿Sabes lo que debemos jacé? Pos nosotros primero que naide: nos zampamos una y verás que bien nos sabe...

— ¡No diga usted eso! ¿Y se entera mi marido?

Ejalo de mí cuenta... Si te jaces caso de mí... él se alegrará y tamién comerá...

—¿Cómo va a ser eso, si nos comemos una y la otra es para el señor cura?

— ¡Cuando te digo que eres tontina!... ¡Yo lo arreglaré mujer, pierde cuidao!

Fuera por el olor que despedía el guiso, o por la curiosidad que sintió Bartolomesa, de enterarse de cómo se las compondría su vecina, es lo cierto que dambas, mano a mano, se jincaron una paloma en menos que se reza un santiamén.

Sin embargo, cuando Toribio regresó del campo y preguntó por el frite, la mujer estuvo a punto de confesarle lo que había sucedido; pero no se atrevió, se decidió a esperar en qué quedaría aquello, y le contestó que las palomas estaban tomándose de los guisos para que estuvieran mejor al día siguiente.

Llegó el momento y, antes de que tocasen al entierro de los pucheros, la vecina entró en la casa pretextando al marido que iba a ayudarles.

La vecina dijo a Bartolomesa que la dejara hacer, cuando viniera el señor cura; el cual no tardó en llegar, pero Toribio no pudo verlo porque estaba en el corral, cortando unas correas para ponerlas de refuerzo a una albarda.

Recibieron al señor cura con grandes muestras de contento, y a instancia de la vecina le llevaron a la cocina para enseñarle algunas de las cosas de boda. El sacerdote contempló la cesta y las muchas orejas *ajacinadas* y dijo:

—¿Y esto qué significa?

La vecina respondió.

—*Pos verá usted señor cura... Pos en este pueblo, hay la costumbre de que los que vienen a visitar a los recién casados, han de dejar unas orejas de recuerdo, y...*

El cura no quiso escuchar más, y cómo observara que las dos mujeres miraban sonriendo a las *sus orejas*, de un salto se plantó en la calle, y con los manteos remangados, corría más que un chiquillo.

Toribió salió al *alboroto*, llevando en la mano la tijera con que cortaba las correas; y las mujeres le dijeron que el señor cura se iba corriendo, sin querer comer ni una paloma, Toribio se puso en mitad de la calle y creyéndose desairado, gritaba con fuerza:

— ¡Siquiera una! ¡Señor cura, siquiera una!

El sacerdote volvió la cara atrás; y al ver al hombre con la tijera en alto, supuso que le pedían *siquiera una oreja*... ¡Y ya sí que no cesó de correr; tanto, que abandonó al pueblo y no paró hasta que fue al obispado, y contó a su ilustrísima lo que había acontecido.

Su ilustrísima se *riyó* a dos carrillos, porque conocía la costumbre de aquel pueblo y comprendió el «quiprocuó». Pero dijo:

— Lo mandaremos a usted a otro curato, porque a ese no puede volver...

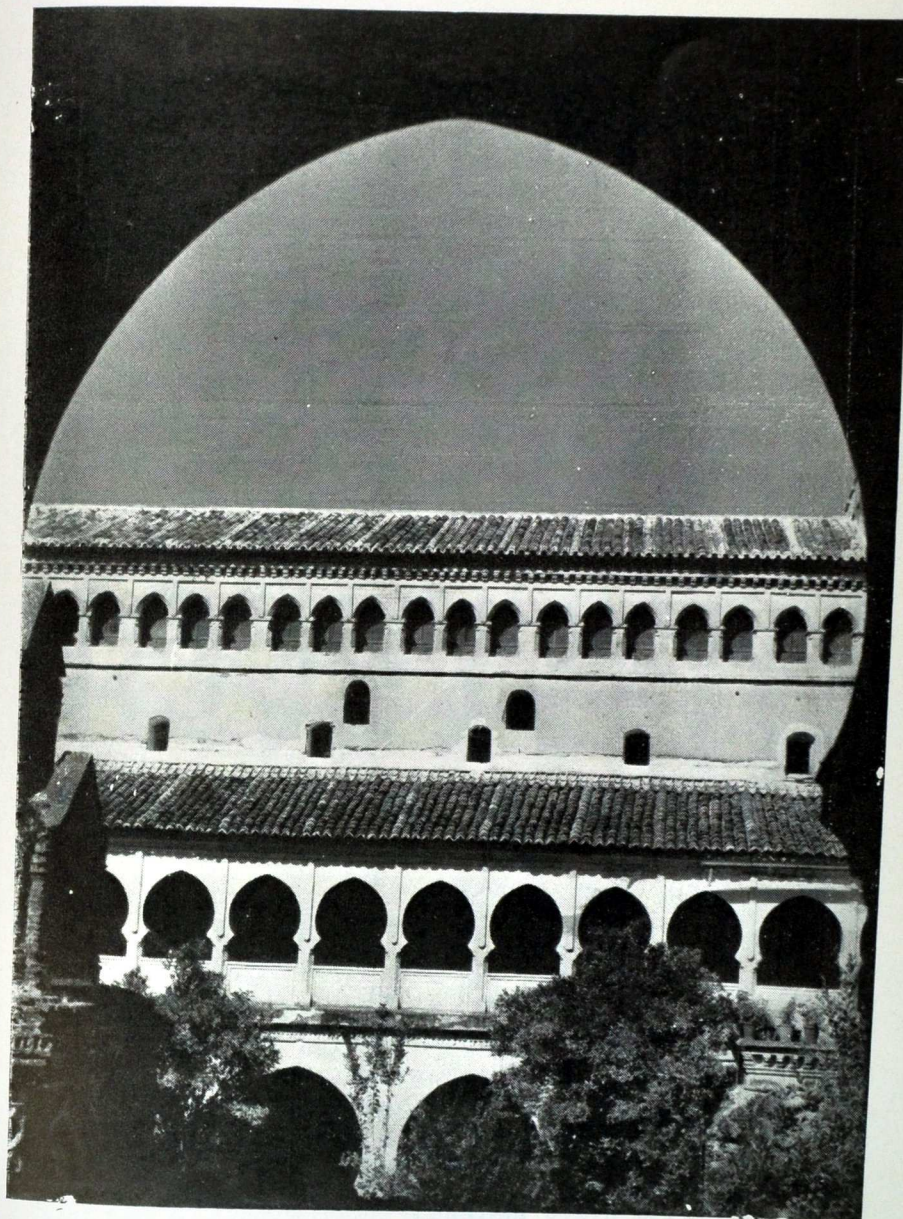
¡Allí queda usted desorejado para siempre!

Y colorín colorado el cuento se ha acabado. Pero es verdad lo que dijo el señor obispo; pues ya véis como ahora y *aluego* se recuerda el «quiprocuó» de «Las orejas de la boda».

Por la colecta:

Rafael GARCIA-PLATA DE OSMA

Académico CC. de las Reales Academias de la Lengua, y
de la Sevillana de Buenas Letras (1870-1918)



ARTE DE EXTREMADURA. — El maravilloso claustro mudéjar del Monasterio de Guadalupe, pieza única en la arquitectura mundial. (Foto Callejo)